JOSÉ GUARDIOLA ORTIZ

Discurso

en los Juegos florales

Alicante.---1902.

RP/5433

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

José Guardiola Ortiz

en los Juegos florales celebrados

EN EL

Teatro Principal

EN LA NOCHE DEL 10 DE AGOSTO

CAJA DE AHORROS DEL MEDITERRANEO
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
DE ESPAÑA

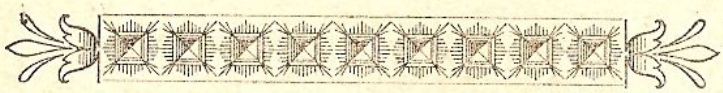
ALICANTE: 1902

Imp. á cargo de Joaquin Guardiola

Castaños, 22

CAJA DE AHORROS DEL MEDITERRANEO
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRO
ALICANTE
DE ESPAÑA

DISCURSO



AHORRO Y SE
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
ESPAÑA

Reina y señora mía; soberana corte del Amor; hermosas damas alicantinas; discretos varones jueces del torneo y autoridades que enalteceis esta fiesta; poetas y escritores que habeis logrado el laurel de la victoria; señoras y señores todos: á todos, respetuoso y conmovido, dirijo mi saludo; de todos espero, humilde, generosa indulgencia; de todos confío merecer magnánimos perdones que, con sincero corazón, os pido.

Yo no he llegado á este sitio por reconocimiento de méritos que estoy muy lejos de poseer. En esas frases lisonjeras del Jurado y en esos vuestros aplausos, que agradezco profundamente, pone la benevolencia lo que no podría conceder la justicia. Yo he venido aquí á suplir la falta de los buenos; de los que con su saber y elocuencia hubieran abrillantado este acto, si en el poder humano cupiera aña-

dir siquiera un átomo de magnificencia á este festival de grandiosa hermosura.

El señor alcalde de Alicante,—á quien todos debemos gratitud por estos momentos ideales en que nuestro espíritu se transporta á otras regiones de luz expléndida,—llamó de puerta en puerta, para que aquí vinieran á mantener estos florales juegos, quienes, por sus prestigios y por sus glorias, eran dignos de prez tan alta. Y requirió para ello á ilustre dama y escritora insigne, cuyo nombre brilla en la historia de la literatura patria, pero la señora Pardo de Bazán tuvo que rendir su voluntad á los apremios de inexcusables deberes y no pudo honrarnos con su cooperación valiosísima. Dirigióse después á un alicantino meritísimo, sabio catedrático y publicista de fama europea, y éste que, de haber venido, convertido hubiera el palenque del mantenedor en tribuna de enseñanza, dando á su discurso aquel sabor científico que para finalidad utilitaria de estos actos dánle hoy los maestros del saber y del bien decir, y tampoco D. Rafael Altamira pudo acceder al ruego, porque anteriores compromisos se lo vedaban. Y en verdad que su ausencia es bien de lamentar, porque de otro modo sus paisanos hubiéramos podido tributarle el homenaje de nuestra admiración y simpatía. Tampoco tuvo confirmación la fausta nueva de que este lugar lo

llenaría orador elocuentísimo y político eminente, que por su puesto en la gobernación del Estado hubiera dado extraordinario relieve á este acto, y por su maestría en la palabra nos hubiera á todos subyugado con su mágica oratoria.

Y así nuestro alcalde, viendo defraudadas sus esperanzas, declinó en el Jurado el compromiso de nombrar mantenedor para los Juegos florales, y el Jurado designó al último de los suyos, al más insignificante, al de menos merecimientos, como demostración de que no hacen falta bien templadas armas para mantener el encanto de esta fiesta, la hermosura de las mujeres que la abrillantan, ni el estro y el saber de los vencedores en estas nobles lides; y yo hube de aceptar sin reparos, aunque no sin temores, porque estimo que estos puestos honrosísimos ni se solicitan ni se rechazan, y ¿por qué no decirlo? confiaba en el cariño de mis paisanos, y aún sabiendo que no puedo en manera alguna sustituir á los que á este puesto eran llamados, contaba con vuestra magnanimidad, que había de prestar grandes alientos á la pobreza de mis facultades.

Acepté, pues, y pues mantenedor soy, proclamo y mantengo la legitimidad de ese trono, porque sobre la cabeza de la reina explende la triple diadema que forman su juventud, su bondad y su belleza; y porque su

elección ha sido confirmada por medios democráticos: por el plebiscito unánime que revelan esos aplausos tributados á su exaltación al trono.

Príncipes y magnates forman la corte de los reyes cuando éstos se coronan. Vos, señora, sois más afortunada, puesto que teneis en vuestra corte reinas: reinas de la hermosura; y en torno vuestro no hay bayonetas ni cañones para que defiendan vuestro imperio, sinó flores y cariños que son el más firme baluarte y amparo; y os rendimos vasallaje todos, porque todos esta noche, sin mengua para nuestra consecuencia, podemos ser cortesanos de vuestros méritos; y en vuestro fugaz reinado no cosechareis el fruto del dolor, porque no más que alegrías, dulces, infinitas, perdurables, se cosechan en esta fiesta en la que solo mercedes emanan de vuestro poder mayestático; y la paz resplandece en este torneo en que no hay vencidos, porque estas lides no son como aquellas donde bélicos alardean los caballeros y piafan los gallardos corceles y braman las muchedumbres y ondean las divisas y brillan los aceros y sonríen las damas y se matan los justadores; no.

Aquí se esgrimen armas que no hieren, porque á sus golpes solo brotan ideas y se avivan sentimientos; y no pueblan el espacio los gritos de la multitud enardecida, sinó dulces ar-

monías, cantos inspirados, fragantes aromas; y si sonríen las damas no es para premiar la fortaleza de brazo de un paladín, sinó para asociarse con sus gracias al culto á lo bello: culto á lo bello que aquí tiene consagración espontánea, porque el genio helénico parece perdurar en esta raza levantina; culto á lo bello que tiene representación plástica en vosotras, las que ofreceis en forma natural sublimes arquetipos á las inspiraciones de los artistas.

Y, pues en fiesta tan hermosa, todo resplandece magnífico y seductor, mostraos, como hasta aquí, benévolos, con quien se siente pequeño para cantar grandeza tanta.

Restaurada en nuestra patria la antiquísima institución de los florales juegos—cuyas evoluciones describiera por modo magistral desde este mismo sitio, hace dos años, el ilustre antropólogo Don Manuel Antón—resurgo también el histórico lema *Patria, Fides, Amor;* y á la manera que en la ciudad tolosana, cuna gloriosa de estas hermosas fiestas, sus mantenedores, por indeclinable gratitud y cortesanía, enaltecen anualmente la memoria de Clemencia Isaura, la enamorada protectora de estas fiestas del saber, así entre nosotros se proclaman y mantienen, por tradición gloriosa, la santa idea de Patria, las excelsas virtudes de la Fé, y las sublimidades del Amor, el más puro de los humanos sentimientos.

En el pueblo que nos vió nacer vinculamos amores, ensueños, alegrías, esperanzas; y vemos en la primera tierra por la que corrimos

en la edad feliz, algo así como si sus átomos se hubieran transformado en fibras de nuestra carne y en médulas de nuestros huesos, y á ella nos ligamos con lazos misteriosos é inquebrantables, porque la tierra del patrio suelo guarda las veneradas cenizas de nuestros progenitores, al resguardo de esa montaña se alzan los hogares de nuestros hijos y ese cielo y ese mar determinan nuestras condiciones etnológicas.

En las glorias de la historia patria cifranos blasones para nuestra alcurnia, y ella agranda en lo pasado la pequeñez de esta nuestra vida efímera y nos hace vivir su vida de grandeza, y por eso los pueblos todos llevan flores al altar donde se conmemoran los grandes sacrificios por la Patria, y la Historia orla sus páginas para narrar las glorias de sus héroes, y la gratitud corona la frente de sus mártires; y por eso sus hijos, sea cual fuere la suerte de la Patria, ora se levante hasta el emporio de la fortuna, ora caiga abatida á los reveses del destino, hemos de rendirle los más vivos afectos del corazón, admirarla como arca sagrada depositaria de nuestro pasado y ofrecerla en holocausto todas nuestras energías y nuestra vida toda, y pedir con fervientes anhelos morir en sus lares para que nuestros yertos ojos miren en su cielo y nuestros fríos labios besen por siempre su tierra bendecida.

Y si este sentimiento del patriotismo es uno de los más universales, más profundos y más vivos del corazón humano, este sentimiento se agiganta cuando es la patria la nación española; esta tierra sagrada que, según el historiador poeta, saludaban los navegantes fenicios desde la popa de sus naves llamándola lecho del sol y estrella de la tarde; que recibió del celta la gravedad y el valor, y del íbero la gracia y armonía de su caracter; que fué cuna de los hombres más grandes del Imperio romano cuando todo el antiguo mundo estaba exhausto; que unió antes que ningún otro pueblo el inquieto genio de los bárbaros con los restos de la civilización romana; que rota en Guadalete y refugiada después en Covadonga, descendió desde allí para engarzar los mares como esmeraldas en sus sandalias y ceñir los soles como diamantes á su corona; que tuvo en Castilla libertades democráticas antes que Italia, y en Aragón libertades constitucionales antes que en Inglaterra; que dió ejemplo á los pueblos en los comienzos del pasado siglo destruyendo la gloria del genio de la conquista; ¡tierra sacratísima que nuestros padres regaron con su sangre generosa para que el sol de la libertad iluminara sus ámbitos y que nosotros debemos fecundar con el rocío del trabajo para redimirla y enaltecerla!

Así, con tal historia, nuestro orgullo nacional, fuerte é inconmovible, resistía á los rudos embates de la adversidad, hasta que tremenda hecatombe vino á despertarnos del letargo en que, soñando grandezas, vivíamos y mostrarnos con las rudas crudezas de la realidad la condición triste á que hemos quedado sometidos.

Tras el bochornoso desastre surgen de un lado los que pretenden transformar nuestro patriotismo, echando doble llave al glorioso sepulcro del Cid para que nunca más sean manoseados sus invictos restos; de otro, los que ante el comun naufragio intentan cortar las amarras de sus buques para que no perezcan con la patria desdichada; de otro, los que sueñan con intervenciones odiosas para regenerar el atónico organismo, y los de más allá, que sienten adormecer sus sentimientos patrios y buscan compensación en un cosmopolitismo ilusorio.

Un pensador ilustre, con voluntad sana y talento generalizador; un hombre eminente en suma, Don Joaquín Costa, pedía con su frase gráfica de echar doble llave al sepulcro del Cid, que diéramos al olvido nuestra áurea leyenda de valor y poderío y que fiáramos á una labor perseverante nuestra regeneración y futuros destinos. ¡Cuál si fuese menester abrir honda sima entre el ayer y el mañana;

cuál si la derrota infligida fuera bastante para borrar nuestra historia y como si los grandes pueblos como el Imperio germánico, no debieran su colosal poderío al hecho de haber sabido asociar maravillosamente sus glorias del pasado á los adelantos del presente y haber logrado que no tuvieran solución de continuidad sus esfuerzos por el engrandecimiento patrio!

Trabajemos para lograr figurar dignamente en el concierto de los pueblos modernos, pero no renegemos de un pasado que constituye nuestra brillante ejecutoria; recibamos las duras lecciones que la desgracia nos envía, pero no sintamos desmayos ni demos al olvido recuerdos que deben ser en toda ocasión estímulo y acicate de nuestra conducta.

Otros en la hora de la desgracia—¡pena da el decirlo!—pensaron y piensan que para librarse de los males porqne atraviesa la patria hay que apelar á los procedimientos quirúrgicos y amputar la parte que ellos juzgan libre del contagio.

Yo no he de mostrarme ignorante ó injusto confundiendo el separatismo catalán, que más ó menos latente existe, con el catalanismo propiamente dicho—puesto que el primero intenta el fraccionamiento de la patria, y el segundo solo proclama la necesidad de que, teniendo los distintos organismos que forman

el cuerpo social, aptitudes distintas y constituciones diversas, deben tener también organización y funcionamientos autonómicos apropiados para hacer viable y fructífera su obra;—pero no quiero dejar de señalar un hecho elocuente en alto grado: las tendencias separatistas catalanas son fruto de las exaltaciones del catalanismo, con sus teorías de superioridad de raza sobre el resto de los españoles y sus lamentaciones sobre el yugo castellano; pues bien, el catalanismo se incubó en los *Jochs florals*. Los intelectuales, enamorados de la eufonía de su idioma nativo, en los *Jochs* cultivado; admiradores del estro é inspiración lozana de sus trovadores y entusiastas por las tradiciones regionales, formaron poco á poco ese núcleo de partidarios que han llegado á ser preocupación constante de los hombres pensadores; y la institución de los florales juegos en su primera restauración histórica es hija de las literaturas castellana y catalana: Don Fernando de Antequera, por instigación y consejo del marqués de Villena, fué el que dispensó su protección á la Gaya ciencia.

Fueron, pues, los *Jochs florals*, aunque por modo indirecto, el gérmen de una institución de odio contra España; y fué Castilla, el corazón de España, la que por sus príncipes y magnates hiciera resurgir el consistorio de

los Juegos florales; como ha sido España toda la que ha mirado como su *pubilla* á esa región industriosa, y por ella hánse concertado tratados comerciales vejatorios para el resto de la nación; y ha sido España la feudataria de sus producciones, y ha sido y es España la que lamenta el extravio de unos cuantos ilusos; y somos los españoles todos los que anhelamos desaparezca de raiz esa maldita, antipatriótica planta, y podamos mirar sin recelos ni prevenciones á esa región hermosa, cuyos hijos fueron un tiempo reyes del Mediterráneo; que ondearon el pabellón patrio en Siracusa, en Nápoles y en Palermo; que llevaron sus armas victoriosas al Bósforo y se coronaron de gloria en Athenas; que detuvieron en Oriente la avalancha invasora de los turcos y llevaron la cruz á las costas africanas; que hicieron de la ciudad condal el más grande centro fabril y comercial de España y que con la celebración del gran certamen universal del ochenta y nueve colocaron el nombre patrio en el rango de los primeros pueblos europeos,

Fueron otros, los bizkaitarras, los que en la hora de la desventura, tras gozar de un régimen de escepción que les coloca en condiciones privilegiadas, asestan sus golpes contra el corazón de la patria dolorida y tratan de someterla á planes curativos heróicos como

el de la transfusión de la sangre; que no otra cosa significan sus invitaciones á una odiada potencia, sus llamadas al pueblo que nos ha oprimido y vilipendiado, para que venga á vigorizar nuestra raza y á mejorar sus destinos, ¡cual si hubiéramos menester de aquella savia para levantarnos de la postración en que yacemos!

Son otros, los que á los golpes del infortunio se rinden á un pesimismo desconsolador, y lo que pierde su amor patrio en intensidad, procuran compensarlo con la extensión de tal sentimiento, que lo desparraman sobre el universo entero, comulgando en un ferviente cosmopolitismo.

El patriotismo es á la nacionalidad lo que el egoismo al individuo, y así como el segundo es necesario en su justa medida, para no ser arrollado en la lucha por la vida, así el primero es imprescindible para que los pueblos afirmen su individualidad, su independencia, y alejen el peligro de ser víctimas de imperialistas anexiones. Hijo el hombre de su patria y á la vez ciudadano del mundo, en ambos humanos respectos puede y debe concretar y afirmar sus sentimientos. Pernicioso será el fanatismo patriótico, el desmedido orgullo nacional; pero no lo será menos el cosmopolitismo, si el concepto cosmopolitismo se contrapone á la idea de Patria, tendencia que solo

espíritus desequilibrados pueden acojer para rendir culto á teorías modernistas.

Por fortuna son escepción los que tales regateos, modificaciones y hasta enemiga manifiestan y sostienen contra la santa idea de Patria, una é intangible; pero el dolor é indignación que tales extravíos nos producen, no debe cegar nuestro entendimiento hasta el extremo de desconocer el fondo de justicia que, obscurecido por las exajeraciones con que se las viste, contienen tales tendencias.

Bien hacía el insigne Costa en combatir nuestro patriotismo lírico y predicar que más en el presente y en el porvenir debemos fijar nuestra mirada, que pavonearnos con el recuerdo del pasado. Razón tienen los catalanistas cuando anhelan un régimen autonómico para las diversas regiones que bajo el patrón de la uniformidad jamás podrán desarrollar sus peculiares aptitudes y tendencias. Tal vez no anduvieran descaminados los bizkaitarras, si contuvieran sus deseos en los justos límites, al pensar que hace falta que oreémos nuestro espíritu nacional vivificándolo con el espíritu de los pueblos modernos, haciendo algo como lo hecho por el Japón que en dos docenas de años ha recorrido en tránsito glorioso desde casi la infancia de pueblo civilizado á un grado tal de cultura social y científica que es el asombro de Europa; milagro

BIBLIOTECA GABRIEL MIRÓ ALICANTE

solo conseguido con *querer* y salir sus hombres á estudiar y hacer que fueran allí á dar enseñanza sabios maestros de los pueblos que hoy contemplan admirados avances tan prodigiosos en todos los órdenes. Laudables son las ideas de filantrópico cosmopolitismo, ya que en el rodar de los pueblos hemos de llegar un día á la supresión de fronteras y diferenciación de pueblos, pero no contrapongamos la idea de amor universal á la de amor patrio, porque solo amando mucho á la patria podremos llegar á profesar amor sin límites á la gran patria del Universo.

Sean pues nuestros amores todos para la Patria y redoblemos nuestro cariño hacia ella cuanto mas desventurada sea, que ese amor nos ofrece grandes consuelos é inmensas alegrías.

Yo he visitado un pueblo de la América latina y sentía melancólica tristeza cuando admiraba aquel rico florón arrancado á nuestra corona y me mostraban los restos de pasadas grandezas; pero en cambio sentía alegrías infinitas al mirar nombres españoles en sus calles y plazas; cuando escuchaba el habla cervantina de labios que no eran españoles, y cuando absorto contemplaba, que podrá la segur del destino cortar en trozos lo que fué un gran pueblo, pero no habrá poder alguno que arranque de allí nuestro genio, nuestra

lengua, nuestras ideas, nuestras costumbres; cuanto forma la patria, en suma.

He visto en escursión reciente otro pueblo, arrancado por nosotros al poder africano con nuestros grandes pasados alientos y como el otro tambien perdido por nuestros grandes punibles errores; y ví en él cuanto hicieron nuestros antepasados y cuánto hacen los infelices que en la emigración agotan sus energías; y la tristeza que sentía por el bien perdido quedaba borrada al escuchar que labios franceses vitoreaban á España y Alicante; y que conquistábamos corazones para el amor de nuestro pueblo; y que descubríamos caminos de fraternidad al ver con cuanto entusiasmo se enlazaban aquellas dos banderas: la una de vivo tricolor, la del pueblo que derrocó el pasado; la otra, la nuestra, la amada enseña, la de tonos rojos como la sangre española, la del color gualda como el sol de nuestra patria amantísima...

Bien hayan, pues, estos florales juegos que así permiten se explaye el corazón y se asocien cariños y virtudes tan grandes como la Patria y la Fé, soberano aliento del género humano para su progresivo desarrollo, si racionalmente en ella se ampara y fortalece en su marcha á compás de los tiempos. Porque es la Fé, en cualquiera de sus manifestacio-

nes, la que nos impulsa á marchar adelante en busca de una perfección relativa.

Es la Fé religiosa, la que con Jesús de Nazareht arranca á pescadores y publicanos de sus humildes tareas y les convierte en propagandistas de la más grande de las revoluciones: la que pone en fuga á los viejos dioses; la que proclama las sublimes máximas de moral universal que perduran á través de los siglos; la que resiste á los tormentos de la cruz y á las dentelladas de las fieras...

Es la Fé en la intuición científica, la que pone ante las carabelas de Colón, en su nueva ruta para las Indias, el paradisiaco vergel de América...

Es la Fé en la Ciencia, la que sostiene á Galileo cuando sabios y teólogos pretenden sujetar la Tierra para que no ruede...

Es la Fé en el progreso científico, la que guía al español Servet para que haga el prodigioso descubrimiento de la circulación sanguínea pulmonar, cuando busca el alma, que ideal y vagorosa huye de su escalpelo...

Es la Fé en los destinos de un pueblo, la que inculca el genio de la estrategia en nuestros guerrilleros para que venzan á Napoleón...

Es la Fé en los destinos de un hombre, la que convierte á un golfo vendedor de periódicos, en el mago de la electricidad, en el Edisson que aclama el mundo científico...

Es la Fé, en suma, la que hace que los pueblos se rediman cuando tienen confianza en sus fuerzas y mueven su voluntad con entusiasmos...

Como es el Amor, la esencia misteriosa cuya psicología se desconoce, pero cuyos efectos lo llenan todo, el que ha de llevar á cabo la gran obra de pacificación universal. Gérmen de vida, fuente de inspiración, ensueño de felicidad terrena es ese eterno humano sentimiento, y su difusión entre los hombres será en la hora presente el iris pacificador en todas las conciencias.

El Amor es la paz: es la paz internacional, porque el día en que ese altruista sentimiento se extienda entre los pueblos hará que se avive el comercio de cosas, de ideas y de afectos y desaparecerá ese mal necesario que el egoismo de los pueblos engendra. El cariño y la solidaridad universal harán imposible la guerra. ¡Día lejano pero venturoso aquel en que se fundan los cañones para que con sus bronces el Arte modele sus creaciones, y los aceros se conviertan en azadas, y el plomo de las balas se trueque en tipos de imprenta, y lo que servía para la muerte sirva para el arte, para la vida, para la cultura!...

Y es el Amor la paz social, porque esos hondos problemas que hoy conturban el público

sosiego solo el Amor podrá solucionarlos, sin que los que tales creencias abrigan esperancen en sentimentalismos vanos y declamatorios; no.

Nacen las ideas de la cumbre ó del llano; las concibe el hombre de estudio y las proclama como verdades científicas, ó se generan entre el vulgo y entonces siguen un proceso inverso hasta que la ciencia las aquilata y metodiza; unas y otras pasan con el tiempo á ser leyes, pero unas y otras también serán vanas fórmulas científicas ó preceptos legales sin eficacia, si el Amor no las acompaña, si el cariño del pueblo no las alienta, si la simpatía de todos no las cobija...

Existen como grandes predicados de las ciencias sociológicas que forman ya parte de legislaciones diversas, y sin embargo no tendrán vida real hasta que el Amor consiga que se tiendan lazadas de cariño entre los dichosos y contentos de arriba y los míseros tristes de abajo. Y alcanza ya la categoría de primer principio la verdad fisiológica inconcusa de que hay un límite de desgaste de fuerzas humanas como ha de haber un salario que baste á proporcionar al obrero los medios de reparar sus energías y nutrir su organismo, salvándole del aniquilamiento, y no obstante el aparato científico que rodea estas verdades, el principio moral que las informa y

hasta la regla jurídica que las ampara, no tendrán vida normal y generalizada mientras no se las *quiera*, mientras el Amor no consiga que se borre la antipatía con que humanos egoismos las reciben, mientras se considere como triunfo de secta lo que es reconocimiento de un derecho humano, sacratísimo, inviolable...

E inspirarán aversión la ignorancia y embrutecimiento de las muchedumbres, hasta que la reflexión nos diga que son aquellas como enfermedades heredadas en las que todos tenemos gran parte de culpa, y el Amor nos impulse á combatirlas y vencerlas cultivando sus inteligencias, y educando sus sentimientos para hacerles vivir la vida racional, la vida afectiva, la vida humana...

Y el amor logrará que no sean sangrientas las represalias si llega un día en que la razón de los más triunfe de los históricos egoismos de los menos, porque entonces el Amor hará que caiga la tea incendiaria de la mano rencorosa, y el hacha no segará cabezas de hermanos, ni el maüsser y la dinamita entablarán ese duelo á muerte que vaticinan y que tiene todo los horrores de las visiones dantescas; porque el Amor redimirá las almas y fundirá las aspiraciones y juntará los cuerpos en un grandioso abrazo, perdurable, magnífico...

¡Hermosa trinidad la que constituye el lema

de los Juegos florales cuando invoca el nombre de Patria que tan gratamente resuena en nuestros corazones y enaltece la Fé que mueve nuestras conciencias y canta el Amor que sublima las almas; y hermosas estas fiestas en que á tan nobles concepciones se rinde culto y se asocian tantas bellezas y producen tan inefables goces!

Procuremos todos que esta labor no sea infructífera; que no pase su recuerdo como el de una noche de soñadas fantasías, y que esos cantos y esas bellezas muevan nuestra voluntad para lograr fundir en una sola aspiración esa hermosa trilogía, lema de la fiesta: tengamos Amor y Fe para la Patria.

Amor, virtud creadora de esencia indefinible para el habla humana, como dice el poeta; tan solo el arte podrá simbolizar su existencia, pero todos seremos esclavos de sus mágicos efectos. Canten sus delicias trovas inspiradas; modele el cincel sus formas soñadoras; colore la fantástica paleta su dibujo ideal y venturoso; suenen las notas de celestiales harmonías para evocar su misterioso espíritu... Adoremos nosotros á la deidad y amemos mucho!

¡Aliente la Fe en nuestra conciencia, como estímulo racional y esperanzador de nuestros fines, á cuyo cumplimiento debemos rendir todos los esfuerzos del ánimo y todas las constancias de una voluntad firmísima!

Y Fe y amores y esperanzas y anhelos sean para la Patria una é indivisible, que, amándola mucho, por igual haremos depositaria de nuestro cariño á esta nuestra querida Alicante; á la que no quiero llamar patria chica para no imaginármela girón arrancado del manto explendente que por igual debe cobijar á todos los españoles!

Trabajemos por engrandecer este pueblo, que así laboramos por la gloria de España; hagamos que al igual que la Naturaleza derramó sobre ella todos los dones, lluevan sobre ella también los dones de los hombres.

Abandonemos esa especie de fatalismo que nos legaran las razas que fertilizaron nuestro suelo y no esperemos más la venida de un ser providencial que remueva obstáculos, allane caminos, y haga próspero y feliz á nuestro pueblo, porque puedo que ese hombre superior no venga.

Apliquemos nuestras fuerzas, grandes ó chicas, que aunadas conseguirán la realización del ideal perseguido: hacer que Alicante reciba la parte que de justicia le corresponde. Y no sintamos desmayos en la empresa por grandes que sean las barreras, porque los firmes propósitos mancomunados siempre resultan vencedores.

Un día transitaba un viajero por la montaña y llegó á un punto en que enorme peñasco

desgajado obstruía el único camino: de un lado la vertiente cortada á pico; del otro profunda y pavorosa sima. El viajero agotó sus energías, luchando por apartar el bloque y, exhausto y desfallecido, dióse á pensar qué sería de él cuando viniera la noche y salieran las fieras de sus guaridas. Y llegó otro viajero é imitóle en el bregar sin fruto y en el pronto desaliento. Y acudió otro y otro y muchos más, y los últimos que llegaban sentábanse sin lucha porque el ejemplo de los primeros les probaba la inutilidad del esfuerzo. Y así continuaran si uno de ellos no se le hubiera ocurrido que, lo que fué empresa individual imposible, fuera cosa colectiva fácilmente realizable. Y todos á una empujaron la piedra y el obstáculo cayó rebotando en las negruras de la hondonada.

Juntemos nuestros esfuerzos como hicieran los viajeros de la parábola de Lamennais y apartaremos las piedras que dificultan la marcha progresiva de Alicante.

Y termino señora: dichoso vuestro reinado si aquí esta noche háse acrecentado el amor á la Patria dolorida; si la Fe se aviva en nuestras conciencias, y si el Amor se difunde en nuestros corazones para laborar en la gran obra del progreso humano, hasta llegar á conseguir la realización del ideal de Virgilio, que

R/15433

soñara con una edad en que la tierra pierda sus espinas, los tigres su fiereza, el mar su amargura, y los lirios nazcan expontáneamente bajo la planta del hombre y expontáneamente brote la justicia en su conciencia...